

DON JAYME DE ARAGON.

TERCERA PARTE.

DEseando concluir
de este suceso admirable
las noticias prometidas
de las dos primeras partes:
con felicidad gustosa,
surcando ceruleos mares,
arribò à la gran Canaria
el referido Don Jayme,
quien atento satisfizo
à sus huespedes afables,
diciendo: despues, Señores,
que concluì mi viaje
recogido en la Ciudad,
deseoso de aquietarme,
resolvì tomar estado,
y en triunfos matrimoniales
unir de dos corazones
dos distintas voluntades.
Un dia vi en cierto Templo
la hermosa copia de un Angel,
de un Serafin el dibuxo,
que asistida de su Madre,
con recato al Sacrificio
asistian venerables.
Procurè saber quien fuesen,
è informado de sus partes,
supe, que eran gente noble,
aunque de cortos caudales,
que Elena (que este es el nõbre
de esa muger miserable
que habeis notado) era hija
de Doña Beatriz Gonzalez,
viuda, honesta, y conocida
por sus partes estimables,
que sola esta hija tenia,
con quien intenté el casarme,
alcancè el sí de su Madre,
y en Hyménéo gustoso
logrè ser Esposo amante
de Elena, la que gozosa,
viendo su aumento tan grande,
repitió gracias al Cielo
por tales felicidades.
Alegre vivia, y gustoso en-

[illegible] amantes,
viviendo en esta Alqueria
de Flora estancia fragante:
aqui mi alegre familia
disfrutò favores grandes
en las dulzuras de Elena,
à quien atienden amantes;
considerando piadoso
el estado miserable,
à que la fea pobreza
trae á hombres principales,
un primo de mi consorte,
deseando adelantarse,
siguiò las letras atento,
con intencion de ordenarse,
su buen intento notando,
piadoso à casa le trae
mi generoso cuydado,
porque en ella procurase
adelantar, y lograr
sus deseos vigilantes.
En mi casa asistió el fiero
desagradecido, infame,
causa de todas mis penas,
y archivo de mis pesares.
Viviendo ya descuydado
de zozobras, y de males,
seguro de que lograba
de amor el laurel triunfante,
sucedia algunas veces
de venir algunas tardes
à la Ciudad, donde en ella
con amigos, y parciales,
ò cuydado de mi hacienda,
quatro, ò seis dias cabales
me detenia, y sin ver
à mi Esposa tan amante.
Quando volvia la hallaba
toda llena de pesares,
maldecia de la ausencia
los efectos tan causales,
y con lagrymas regaba
de un lienzo la blanda margen.
Por ocupacion precisa
me fue fuerza dilatarme,
y estarme cerca de un mes
cuydando de mis caudales,
quando volviendo à esta Quinta
à la vista de mi amante
Esposa, la que halagueña,
embozando falsedades,
me echò los brazos al cuello,
maldiciendo el dilatarse
tanto mi vista à sus ojos,
y yo siempre mas constante
la consalaba, y alegre
procuraba desvelarme.
Un dia, que descuidado
me hallaba, me llamò á parte
esa Negra, que habeis visto
con aparato tan grave.
La que me dixo: Señor,
cierto no quisiera darte
sentimiento, ni disgusto;
pero no quiero ocultarte
la maldad tan horrorosa,
que es preciso el explicarte:
sabes, que naci en tu casa,
y fuera ingratitud grande,
ò gran falta de lealtad,
este suceso callarte.
Sabe, pues que mi Señora,
ciega, torpe, è ignorante,
viciosamente te ofende,
manchando tu honor brillante
con su primo, quien ocupa
tu lecho, quando tu haces
ausencia, y en deshonestos
deleytes los dos contrahen
el delito mas atroz,
que yo puedo declararte:
si he errado en darte aviso,
disculpada me hallo; antes,
por pagar los beneficios, quie-

quiero sepas los pesares,
que traydoramente ocùlte
no es bien daño tan notable.
Oyendo tales razones,
estuve para quitarle
la vida à la precursora
de mis precisos pesares.
Le mandé, que con silencio
lo que me ha dicho ocultase
mientras yo de mi venganza
fomentaba la admirable
forma, para lo que en breve
al infiel, y vil amante
quemé vivo, y la cabeza
le corté, porque aumentase
mas crecido el sentimiento
à la autora de mis males.
Despedi algunos criados,
y en la Ciudad vigilante
di á entender, que me importaba
vivir desde alli adelante
en la Quinta, por motivos,
que tenia muy bastantes;
con que con este supuesto,
à mi Esposa, aleve, è infame
desnudé de sus vestidos,
y aderezos de diamantes,
reduciendola à lo estrecho
del adorno, que notastes,
y aquella funesta sombra
di puse, que la acompañe
en la muerte, pues fue en vida
ella quien pudo agraviarme.
A la Negra la hice dueño,
por su lealtad imponderable,
de joyas, galas, preséas,
y el mas precioso menage:
està goza mis caricias,
esta logra eternizarse
en el Templo de mi fé
como soberana Imagen.
Este es nobles Caballeros,
el suceso memorable,
la mas peregrina historia,
y el caso mas admirable.
Estando en estas razones,
de improviso oyó quexarse
con descompuestos clamores,
y desentonados ayes,
à la Negra referida,
la que con ansias mortales,
cercada de confusiones
y funestos ademanes,
alborotaba la casa,
acudió breve Don Jayme
à ver à su Negra Dama,
la que con voz formidable
dixo: atiendanme, Señores,
sepan el delito grave,
y el mayor desatentado,
que ha podido imaginarse.
Yo soy la que por haber
con deshonesto dictamen
solicitado amorosa
lograr los vicios carnales,
con aquel desventurado,
á quien acusè de amante,
y por mi causa murió
del fuego à las impiedades,
por haber yo sin acuerdo,
contra la opinion brillante
de Elena, hablando engañosa
contra su opinion triunfante,
siendo clara, como el Sol
entre confusos celajes:
falso testimonio fue,
levantado por vengarme
de ella, porque rigorosa
impidiò mis liviandades.
Elena es honesta, y casta,
Elena es de virtud grande,
Elena es Matrona digna
de alabanzas inmortales:
por mi padece sin culpa, pa-

pague yo, pues errè antes,
por Dios el perdon te pido
à ti engañado Don Jayme,
para que pueda gozar
de los bienes Celestiales.
Don Jayme viendo el suceso,
en colera formidable,
quiso matar a la Negra,
mas los huespedes afables
le estorvaron cometiera
desatentado tan grave.
Parten en busca de Elena,
con presteza vigilante
abren las puertas del corto
aposento, donde yace:
la hallaron (qué gran dolor!)
difunta (duros pesares!)
con las manos sobre el pecho,
en un reposo suave,
y à la infausta Calavera
à su lado. Mas Don Jayme,
con ternura, y confusion
se abrazó con el cadaver
de su difunta consorte,
diciendo palabras tales,
que movia à compasion
los endurecidos jaspes.
Los huespedes admirados,
con razones elegantes
à Don Jayme consolaban,
procurando asi aliviarle:
á este tiempo dió la Negra
fin á la vida cansable,
piadosos le dieron tierra
en la bendecida parte,
que de Capilla servia,
y Don Jayme mas amante,
à vista de tal dolor,
dispuso el cuerpo llevasen
de Elena, á darle sepulcro
à la Ciudad, y con piedades
Catolicas Religiosas,
las exequias funerales
le hicieron con sentimiento
de estraños, y naturales,
que supieron el suceso,
con admiracion notable.
Los huespedes generosos
gracias le dan à Don Jayme,
quien liberal, como experto
en casos tan admirables
les asistiò cariñoso
contra sus necesidades;
cerca de un mes estubieron
esperando él embarcarse
à España, y en la ocasion
de una Genovesa Nave,
asistidos de dinero,
ropa, y demas equipaje,
de Don Jayme se despiden,
pidiendo, que les mandase,
que prontos los dos estaban
à obedecer, con afables
muestras de agradecimiento.
Y entrando en la dicha Nave
dieron las velas al viento,
rompiendo tersos crystales.
Don Jayme desengañado
de los referidos lances,
en un Convento dichoso
de Recoletos del Carmen
tomò el Havito bendito,
sirviendo à Dios inefable.
Dando aqui fin Juan Dionisio
á aquesta tercera parte,
y pide, que le perdonen
los yerros, por ser muy grandes.

F I N.

Con licencia: En Cordoba, en la Imprenta de Don Luis de Ramos y Coria, Plazuela de las Cañas.